

La conferencia de Londres: el rol de las cooperativas agrarias en la mediación del conflicto entre los colonos judíos y la Jewish Colonization Association (1946-1950)

Iván Cherjovsky

Doctor en Antropología (UBA), docente e investigador en la Universidad Nacional de Quilmes y en la Universidad Abierta Interamericana, integrante del Núcleo de Estudios Judíos/IDES y de Latin American Jewish Studies Association (LAJSA).

Resumen

Este artículo analiza una dimensión del cooperativismo agrario judío poco explorada hasta la fecha: su rol mediador en el largo conflicto librado entre los colonos de la *Jewish Colonization Association* y dicha compañía. Para ello, revisaremos las negociaciones llevadas a cabo a fines de los años cuarenta entre funcionarios de la JCA y dirigentes de Fraternidad Agraria, la entidad de segundo grado surgida en abril de 1925 que a la sazón agrupaba a 22 cooperativas agrarias conformadas en las colonias judías. Finalizada la Segunda Guerra Mundial, un nuevo clima de época parece haber influido en la política de la JCA respecto de sus colonias argentinas, cuya continuidad luego del Holocausto pasó a ser considerada un asunto de relevancia. El artículo se apoya en numerosas notas aparecidas en la revista mensual *El Colono Cooperador* (publicada por Fraternidad Agraria), en *El Cooperativista* (publicada por La Mutua Agrícola, de Moisés Ville) y en las actas de las cooperativas La Mutua Agrícola, Fondo Comunal y Granjeros Unidos de Rivera, entre otros documentos.

Palabras clave: colonización judía, cooperativismo agrario, Fomento Agrario Israelita Argentino.

Abstract

This article examines an aspect of Jewish agrarian cooperativism little studied to date: its role as mediator between the Jewish Colonization Association (JCA) and its colonists. We review negotiations held toward the end of the 1940s between JCA officials and directors of Fraternidad Agraria, an umbrella organization that was founded in April 1925 and by the period under discussion grouped 22 Jewish agrarian cooperatives in the farming colonies.

With the end of the World War II, there emerged a new climate that appears to have influenced JCA policy toward its Argentine colonies, whose continued existence took on greater importance following the Holocaust. The article is based on numerous items appearing in the monthly *Colono Cooperador* (published by *Fraternidad Agraria*) and *El Cooperativista* (published by the *Mutua Agrícola* of Moisés Ville), as well as the minutes of meetings of the following cooperatives: *Mutua Agrícola*, *Fondo Comunal* and *Granjeros Unidos de Rivera*.

Introducción

En el transcurso de las últimas cuatro décadas, el interés académico por los judíos residentes en la Argentina y en el resto de Latinoamérica ha ido *in crescendo*. Desde los años ochenta del siglo XX, historiadores, antropólogos, sociólogos, demógrafos y críticos literarios han aportado nuevos conocimientos acerca de temáticas tales como el antisemitismo, el impacto del Holocausto, las repercusiones por la creación del Estado de Israel, los cambios en la etnicidad, las nuevas formas de religiosidad y las relaciones de la comunidad judía organizada con los distintos gobiernos. El impulso provino inicialmente de investigadores que se nuclearon en torno de asociaciones creadas en Israel y en los Estados Unidos (Rein, 2011:27-38), entre quienes hay varios argentinos emigrados. A modo de prueba cuantitativa de ese interés, si se la compara con otras minorías religiosas de la Argentina, la colectividad judía ha sido la que mayor cantidad de artículos y libros académicos ha suscitado (Bianchi, 2009:10).

Entre los trabajos pioneros, dedicados a la inmigración y la adaptación de los judíos al nuevo entorno, la experiencia de la colonización agrícola en zonas de la pampa recibió especial atención, quizá debido a su condición de caso *sui generis* en el mundo de la diáspora judía moderna. Esos trabajos analizaron las causas del supuesto fracaso de la colonización en términos cuantitativos (Avni, 1983b, 1990), la impronta de la experiencia agraria judía en la identidad judeo-argentina (Senkman, 1983) y diversos aspectos socioculturales de la vida en las colonias (Avni, 1983; Levin, 1998).¹ Durante el mismo período, los festejos por los centenarios de las distintas colonias y el nuevo interés por el pluralismo cultural suscitado en la sociedad argentina llevaron a varios emprendedores de memoria a activar la publicación de testimonios, obras de ficción y libros conmemorativos que enriquecieron nuestra perspectiva acerca de la colonización judía en el país (Cherjovsky, 2014).

No obstante, en los últimos años el interés académico por el tema fue relegado a un segundo plano por la aparición de temas novedosos, tales como los desaparecidos judíos durante la dictadura militar, la nueva ortodoxia religiosa, el mundo cultural y editorial, la persistencia del ídich, el impacto del sionismo y del Holocausto, los judíos no afiliados y las relaciones de la colectividad con el peronismo (para chequear la lista de temáticas más recientes, véase

¹ La idea de que la colonización fracasó cuantitativamente surge de comparar las expectativas de Hirsch, quien llegó a imaginar que era posible llevar a la Argentina a tres millones de judíos, con el número máximo de almas que vivieron en las colonias, que ronda las 30.000.

Avni *et al*, 2011; Kahan *et al*, 2011; Rein, 2011). Aquí propongo revisar un aspecto poco conocido de la larga historia de la colonización judía en la Argentina: el rol de las cooperativas agrarias en la mediación del largo conflicto mantenido entre buena parte de los colonos y la compañía colonizadora.

Como es ampliamente conocido, la *Jewish Colonization Association* (JCA) fue una empresa de colonización agrícola creada en 1891 para ayudar a las masas judías del este europeo a emigrar en momentos en que la pobreza y el antisemitismo se tornaron allí graves factores expulsivos. Financiada por un cuantioso fondo legado por su creador y primer presidente, el barón Maurice de Hirsch (1831-1896), la compañía, que se autodefinía como filantrópica, actuó en la Argentina desde su primer año de vida hasta 1975, instalando colonias en Entre Ríos, Santa Fe, Buenos Aires, La Pampa y Santiago del Estero. Entre 1920 y 1940, la población judía en las colonias alcanzó sus máximas cotas demográficas, superando las 30.000 almas.

El conflicto entre los colonos y la JCA, de cuya resolución se ocupa este artículo, surgió a comienzos de la década de 1890, y tuvo múltiples determinantes que fueron cambiando a lo largo del tiempo hasta arribar al acuerdo logrado en 1950. Más allá de algunos errores logísticos cometidos por los funcionarios de la JCA durante el transcurso de sus primeros años de actividad, como la selección poco cuidadosa de los primeros candidatos, la compra de tierras inadecuadas para la agricultura y la demora en la entrega de los lotes a los inmigrantes -quienes en varias ocasiones debieron aguardar durante meses en viviendas improvisadas-, el foco lo constituyeron varias cláusulas contractuales y decretos restrictivos que minaban las posibilidades de desarrollo económico de los colonos. Para Avni,

"los conflictos se debieron en gran medida a las contradicciones básicas entre los intereses *personales* de los colonos que querían extraer ventajas de las oportunidades no agrarias que les ofrecía el desarrollo argentino y los principios de productividad que los directores del proyecto trataban de imponerles" (1983,b: 545; *itálica en el original*)

La frase "oportunidades no agrarias" resulta un tanto amplia, y debería ser problematizada, en tanto engloba a quienes buscaron beneficiarse con la compra de lotes baratos para luego alquilarlos a terceros como a aquéllos que quisieron dedicarse producir forrajes y hacienda, actividades que inicialmente la JCA consideraba especulativas. Las cláusulas más resistidas por los colonos también prohibían contratar jornaleros, adelantar el pago de las anualidades, vender o alquilar la chacra a terceros y residir a menos de cinco kilómetros de los parientes

más cercanos para evitar la formación de latifundios en el seno de las familias más extensas. Su objetivo era favorecer el cumplimiento de los fines de economía moral proyectados por la compañía, consistentes en fomentar las actividades productivas entre las masas judías. En este sentido, conviene señalar que el barón Hirsch y los principales funcionarios de la JCA suscribían ideológicamente a la *Haskalá*, el movimiento político surgido en el siglo XVIII que buscaba modernizar al judaísmo del este europeo apoyando su acceso a actividades económicamente productivas, relacionadas con la industria y la agricultura. La creación de una base poblacional de agricultores era considerada una estrategia clave para *normalizar* a un pueblo sin territorio ni Estado, sobre el que pesaban los estigmas del comercio y de la usura. En los planes del barón, las colonias de la JCA servirían de ejemplo para demostrar empíricamente que los judíos europeos emancipados podían dedicarse exitosamente a la agricultura, y que su predilección histórica por las actividades improductivas sólo se debía a las restricciones que les habían sido impuestas durante el Antiguo Régimen. Consultado al respecto por un periodista, Hirsch dijo:

"¿Qué es más natural que encontrar mi propósito más elevado en brindar a los seguidores del judaísmo, quienes han vivido oprimidos durante miles de años y viven en la miseria, la posibilidad de regeneración física y moral; que yo intente liberarlos, convertirlos en ciudadanos capaces, y de ese modo aportar a la humanidad material nuevo y valioso? (...) Que los judíos no tienen inclinaciones por la agricultura o las tareas manuales se ha convertido en una máxima y un reproche típico. Este es un error contradicho no sólo por ejemplos modernos, sino también por la historia. Los israelitas de la época de Cristo eran agricultores por excelencia (...) mis observaciones y las de otras personas han demostrado que es bastante posible reavivar en la raza esta capacidad y el amor por la agricultura, y hacerla resurgir."²

Consecuentemente, la posibilidad de que, una vez instaladas en las colonias, las familias judías dejaran sus chacras y se mudaran a las ciudades para dedicarse al comercio se convirtió en la peor afrenta posible. Para evitarlo, además de incluir en los contratos las cláusulas mencionadas, la compañía adoptó una actitud autoritaria y paternalista hacia los colonos, a quienes los funcionarios consideraban sus "protegidos" o *protégé* (Levin, 2007:341). Las memorias de los colonos pioneros dejan en claro que no todos los inmigrantes se habían colonizado por una cuestión ideológica, y que varios de quienes llegaban a las chacras argentinas de la JCA escapando de la pobreza y del antisemitismo no se adaptaban a la vida en el campo (véase al respecto las memorias de Leibovich, 1947; Garfunkel, 1960;

² "My Views on Philanthropy", The North American Review, Volume 153, Issue 416, July 1891.

Marchevsky, 1964; Cociovich, 1987 y Alpersohn, 1992). Sin embargo, hubo también un importante núcleo de colonos que suscribían al ideal agrícola, cuyas disidencias con la JCA no radicaban en el productivismo, sino en el paternalismo. Entre ellos surgieron quienes lideraron las demandas desde las cooperativas.

Las cooperativas agrícolas de las colonias judías nacieron a comienzos del siglo XX y, junto con la cooperativa El Progreso, creada en 1898 por inmigrantes franceses radicados en Pigüé, figuran entre las pioneras en su género. Diagramadas de acuerdo con los principios rochdaleanos, tenían por finalidad eliminar intermediarios tanto en la compra de insumos y bienes de capital como en la venta de las cosechas, reunir fondos para otorgar créditos a sus asociados y mediar en los conflictos surgidos entre éstos. Pero, además, según consta en los estatutos que hemos revisado, las cooperativas surgieron como una suerte de asociación gremial para representar a los colonos en sus conflictos con la JCA (Gabis, 1957; Kaplan, 1969). Ésta tenía estipulado un sistema arbitral completamente unilateral: en casos de desacuerdos, sus administradores eran los únicos que estaban habilitados a interpretar el contrato (Levin, 2009). Si los colonos decidían acudir a la justicia argentina, los administradores también eran los encargados de representarlos ante las autoridades.

Los reclamos efectuados por las cooperativas se pueden resumir en: las características negativas y restrictivas de los contratos de promesa de venta que habilitaban a la compañía a desalojar arbitrariamente a las familias, las negativas a colonizar a los hijos, los desalojos injustificados de colonos eficientes, y, en menor medida, las disidencias en cuanto a la educación que impartían las escuelas patrocinadas por la JCA, que entendían la identidad judía como un asunto religioso, mientras que muchos de los colonos la vivían como una cuestión nacional (Gabis, 1954). Los líderes cooperativistas criticaban la relación paternalista y desconfiada que había establecido con ellos la JCA. El razonamiento implícito era exactamente inverso al de la compañía: una buena performance en la economía liberal sería la mejor forma de garantizar el arraigo de los judíos al campo argentino.

Con el paso de los años, la compañía fue cediendo a las presiones y morigerando varias de sus cláusulas más duras. Además, una vez que los colonos obtenían sus títulos, quedaban legalmente liberados de la cuestionada tutela. Sin embargo, aun emancipados, todavía seguían dependiendo en alguna medida de las decisiones de la JCA, cuyo proceder podía afectarlos en numerosos aspectos, como la colonización de los hijos o el reparto de los campos de reserva

que poseía la compañía y que resultaban necesarios para favorecer el *ensanche*³ de las chacras. Esos y otros asuntos trajeron nuevos motivos de discordia.

Por otra parte, no podemos dejar de considerar que el período que nos ocupa coincidió con la llegada al gobierno del primer peronismo, cuyas políticas respecto del agro fueron ampliamente criticadas por el sector cooperativista. Para Mario Lattuada, la política agraria puesta en práctica por el peronismo se divide en dos períodos caracterizados por orientaciones opuestas: 1946-1948 y 1949- 1955. El primero se centró en la puesta en marcha de reformas más radicales, con una impronta estatista y redistributiva, que durante el segundo fueron relajadas debido a las necesidades de compensar la balanza de pagos aumentando el volumen de las exportaciones (Lattuada, 2002). Durante la campaña del '46, Perón prometió implementar una política en favor de los pequeños productores y contribuir a la formación de cooperativas de productores con el apoyo y la participación del Estado, pero luego, debido a complicaciones en la política macroeconómica, "los lineamientos del Peronismo en el gobierno no profundizaron las promesas y acciones más radicales que caracterizaron la campaña electoral" (Lattuada, 2002:8).

Los dirigentes del cooperativismo agrario reclamaban políticas que tendieran a mejorar diferentes aspectos. Entre estos se destacaban las dificultades para conseguir maquinaria agrícola moderna, la falta de medios de transporte, los bajos precios fijados por el gobierno para el trigo y el lino y el aumento del impuesto territorial (por ejemplo, en Entre Ríos pasó al 4 por mil para campos de 200 a 400 hectáreas y llegaba hasta el 28 por mil para campos de 10.000 o más). También señalaban los nuevos conflictos generados con los trabajadores rurales, cuya mano de obra adolecía de escases y carestía, y se quejaban por la prohibición de efectuar reuniones, medida que violaba derechos constitucionales básicos (a comienzos de 1947, el gobierno nacional había prohibido una reunión de cooperativistas en Rosario y otra en Pergamino).⁴ Pero el principal foco de discordia era la continuidad de la política

³ Hemos utilizado el término "ensanche" tal como aparece en las fuentes. El mismo alude a las demandas de los colonos de agrandar sus chacras con campos de reserva que poseía la JCA.

⁴ "Los precios de trigo y lino", *El Colono Cooperador*, noviembre de 1946, n° 377, p 1., "La contribución territorial en Entre Ríos", *El Colono Cooperador*, enero de 1947, n° 379, p 3. (reproducción de una nota de *La Prensa*), "Resoluciones de la Junta Ejecutiva de la Asamblea de Entidades Cooperativas Agrarias de segundo grado, con el motivo del discurso pronunciado por el Excelentísimo Presidente de la Nación Don Juan Domingo Perón", *El Colono Cooperador*, abril de 1947, n° 381, pp. 2-5., *El Colono Cooperador*, "Investigación acerca de la situación actual de nuestra maquinaria agrícola practicada por la Asociación de Cooperativas Argentinas", marzo de 1949, n° 402, p 2.

intervencionista del Estado, que obligaba a los chacareros a vender su producción al Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI). Esa medida, que había sido adoptada de forma temporaria debido al estallido de la Segunda Guerra Mundial, e instrumentada mediante la Junta Nacional de Granos, había sido tolerada por el agro debido a su carácter transitorio. Una vez finalizada la guerra, cuando los productos agropecuarios se encontraban en alza, el gobierno de Farrell/Perón había prometido su remoción. De acuerdo con Leandro Sowter:

"Entre 1946 y 1949 el Instituto tuvo enormes ganancias, derivadas de la diferencia entre los precios nacionales (donde adquiriría la producción agroexportable) y los internacionales, cuyos valores fueron excepcionalmente altos en la posguerra. Por ejemplo, en 1948 el IAPI compró trigo a \$20/100kg y la vendió a \$60/100kg en el exterior. Esto es lo que formó el núcleo del conflicto entre la elite peronista y los actores rurales: el uso y apropiación de ese excedente." (Sowter, 2010:3)

Los cooperativistas comprendían los argumentos brindados por el gobierno respecto de que la renta agropecuaria que se les retenía sería invertida en obras públicas que beneficiarían a los propios productores (caminos, líneas férreas, obras hidroeléctricas y de irrigación, etc.), pero les parecía injusto que su sector fuera el único que aportara ese capital en beneficio de toda la sociedad. Además, planteaban que para combatir a los monopolios privados había otras herramientas diferentes que su sustitución por un monopolio estatal, cuyos efectos sobre la vida de los agricultores era el mismo que el de los primeros: concretamente, las leyes de la constitución y el propio movimiento cooperativista. Además, situados a comienzos del primer mandato de Perón, preveían que la persistencia de las políticas agrarias del peronismo redundaría en la despoblación del campo y la disminución de la producción agropecuaria. En noviembre de 1948 la Asociación de Cooperativas Argentinas (ACA) se reunió con Perón y con Miguel Miranda y demandó permisos de comercialización de la producción e importación de maquinaria para las cooperativas.⁵

En resumen, a la salida de la Segunda Guerra, los dirigentes cooperativistas se encontraban trabajando sobre estos dos focos de problemas que, según consideraban, restringían de diversos modos su libertad de acción.

La carta

⁵ "Ante el Presidente de la Nación fueron planteados los diversos problemas que afectan a la vida del campo", diciembre de 1948, n° 400, p. 8.

El 1° de mayo de 1946, dirigentes de las cooperativas llegados de las colonias judías celebraron la reunión anual del Consejo Central de Fraternidad Agraria en la localidad bonaerense de Rivera. Tras ratificar que la colonización se hallaba en crisis y que la Dirección de la JCA en Buenos Aires no estaba dispuesta a atender sus reclamos, resolvieron despachar una carta a Londres dirigida al presidente, Leonard Montefiore, a quien intimaban a viajar a la Argentina en el plazo de los siguientes tres meses para que constatará en persona el estado de deterioro de la "benemérita obra del barón Hirsch". Si Montefiore no daba una respuesta favorable en el término de sesenta días, iniciarían una campaña de divulgación del largo conflicto mantenido con la JCA dirigida a la colectividad judía de la Argentina y a otras comunidades del exterior. La intimación era una respuesta a la negativa de la compañía respecto de incorporar un delegado argentino permanente en su Consejo Central, propuesta que había sido elevada en noviembre del año anterior por parte del Consejo Central de Fraternidad Agraria.⁶

El nuevo capítulo de este longevo conflicto ya no obedecía a las disidencias respecto de los contratos, sino al afán de mejorar la situación de los chacareros para asegurar la continuidad de la colonización judía en el país. Entre los problemas que amenazaban la continuidad, los cooperativistas señalaban el recrudecimiento de los embargos y de los desalojos, que supuestamente obedecían a la necesidad de la JCA de generar recursos para ayudar a judíos europeos sobrevivientes de la guerra. También al dilema introducido por los impuestos territoriales al ausentismo y al latifundismo, vigentes desde 1943. En algunas provincias, éstos se habían transformado en una carga sumamente onerosa para la JCA, que aun era dueña de miles de hectáreas alquiladas a terceros o destinadas a campos de reserva, así como de numerosos títulos de chacras cuyos ocupantes aún no habían completado las anualidades. En la provincia de Entre Ríos, donde se encontraba la mayor parte de sus posesiones, la empresa había acordado el pago a medias con los colonos no emancipados, quienes según se lee en las actas de distintas cooperativas habían opuesto bastante resistencia a la medida. Otro problema era la rebeldía de un grupo de cincuenta colonos que no lograban acordar distintos asuntos con la JCA en la zona oeste de la colonia Moisés Ville, en las localidades de Las Palmeras y Monigotes, y que habían iniciado una tibia campaña difamatoria ante la opinión pública judía.

⁶ "Resoluciones tomadas en la Asamblea General de la Fraternidad Agraria", *El Colono Cooperador*, noviembre de 1946, año XXVI, n° 377, p. 3. Véase en el mismo número las transcripciones de la carta enviada a la JCA y de la respuesta de Montefiore, p. 5.

Veinte de esas familias incluso se habían escindido de la cooperativa local, La Mutua Agrícola, por entender que ésta era incapaz de mediar con la JCA, conformando una nueva entidad suscrita a Federación Agraria, es decir, llevando el conflicto más allá de la esfera intracomunitaria.

Más allá de estos problemas coyunturales, los cooperativistas señalaron otros de carácter estructural. Uno era el acelerado proceso de despoblamiento observado en algunas de las colonias, como la entrerriana Avigdor, que había sido creada en 1936 para recibir a judíos alemanes que huían del nazismo; o como Capivara, ubicada al noreste de Moisés Ville y poblada recientemente por inmigrantes llegados de Transilvania y por familias procedentes de la colonia pampeana Narcisse Leven cuyos campos eran de mala calidad o de tamaño insuficiente. Ésta última colonia, junto a Dora (de Santiago del Estero) y a Montefiore (ubicada en el noroeste santafecino), se encontraban prácticamente "en vías de extinción". Para frenar el despoblamiento, los cooperativistas reclamaban a la JCA que otorgara ensanches a chacareros cuyos lotes no eran sustentables por tener un tamaño insuficiente. Éstos por lo general se encontraban en zonas desérticas o poco fértiles, o bien habían sufrido reducciones producto de las sucesiones familiares. Además, creían necesario que la compañía condonara muchas de las deudas que varios colonos habían contraído en años de malas cosechas -a veces por mora en las anualidades, otras, en concepto de arriendos- y que la misma JCA había congelado para que los intereses no las tornaran impagables, ya que a veces incluso superaban el valor de venta de la chacra.

En el contexto de la posguerra, dada la escasa permeabilidad para la recepción de inmigrantes que no fueran de origen latino, era poco probable que llegaran nuevos colonos judíos desde Europa. Consecuentemente, garantizar la continuidad de las colonias significaba convencer a los jóvenes de que se quedaran en el campo, asunto que requería de la JCA la voluntad de otorgar terrenos y créditos. Sin embargo, los cooperativistas eran conscientes de que retener a los jóvenes iba mucho más allá de garantizarles los medios materiales necesarios, ya que las ciudades ejercían sobre ellos una gran atracción, tanto en términos económicos como culturales. Sabían, por ejemplo, que entre las dos guerras mundiales la cuarta parte del campesinado argentino se había urbanizado. Por lo tanto, además de garantizarles cierta viabilidad económica, era necesario reforzar sus sentimientos de pertenencia rural y, sobre todo, mejorar la oferta cultural llevando hasta las colonias cine, teatro, espectáculos

musicales, conferencias literarias y disertantes prestigiosos: en plena era de la cultura de masas no bastaba sólo con renovar el stock de las antiguas bibliotecas.⁷ Los dirigentes de Fraternidad Agraria debatieron largamente esta cuestión, y elaboraron diferentes diagnósticos, aunque coincidían en cuanto a que la juventud abandonaba el campo debido al resurgimiento industrial, al estímulo que ejercían los parientes que ya se habían ido, a la falta de grados superiores en la escuela (lo que obligaba al colono a mandar a los hijos fuera, con los consiguientes gastos), a la crisis económica experimentada en el sector agrario y al encarecimiento de la mano de obra, producto de la promulgación del Estatuto del Peón Rural, vigente desde 1944. Entre las estrategias que consideraban necesarias para revertir la situación, figuraba el anhelo de generar nuevos espacios de sociabilidad a fin de retener a las mujeres, quienes al irse arrastraban detrás suyo a los varones. El dilema de las nuevas generaciones judías acerca de si debían quedarse en el campo para cumplir el mandato moral productivista o bien cejar al impulso de sumergirse en la aventura moderna que les ofrecían las ciudades quedó plasmado en la literatura de autores nativos de las colonias, como por ejemplo Rebeca Mactas y Samuel Eichelbaum.⁸

Otra preocupación recurrente entre el liderazgo cooperativista era evitar que la venta de chacras derivara en la introducción de elementos *ajenos* en el seno de las comunidades judías, es decir, de nuevos propietarios e inquilinos que profesaran otros cultos. La medida obedecía a garantizar el funcionamiento de los servicios sociales antes que a alguna ideología discriminatoria, ya que era necesario cierto mínimo número poblacional para sostener las escuelas judías, las sinagogas, los cementerios, la vida cultural y demás necesidades de índole étnico-religiosa. Por ello, los dirigentes trataban de convencer a los que se iban de que sólo vendieran el campo a otros chacareros judíos. Éstos a veces recurrían a Fomento Agrario Israelita Argentino, una entidad crediticia surgida justamente para financiar el establecimiento de nuevos colonos y para readquirir chacras *enajenadas* (ese era el término utilizado).⁹ En muchos casos, los que vendían el campo a *elementos extraños* (otro de los conceptos nativos) eran jóvenes herederos ya emigrados a las ciudades. A veces, si uno de los hijos en sucesión

⁷ Ben Menajem, "El comienzo de la cultura", *El Colono Cooperador*, enero de 1947, n° 379, p. 1-2. Abraham Gabis, "Cultura", *El Colono Cooperador*, julio de 1947, n° 384, p. 1-2.

⁸ Véase los cuentos reunidos en *Los judíos de las Acacias* (Mactas, 1936) y el relato "Una buena cosecha", publicado en el libro de cuentos *El viajero inmóvil* (Eichelbaum, 1933).

⁹ Hasta el año 1949, Fomento Agrario había recuperado 14 chacras y había otorgado créditos a hijos de colonos por un valor de 220.670 pesos. Isaak Kaplan, Memorandum de 1949, p. 25.

decidía quedarse en la colonia, intentaba adquirir las hectáreas que vendían sus hermanos. En otras ocasiones, las cooperativas trataban de que fueran los vecinos linderos quienes adquirirían la porción en venta. Como resultado de este proceso de fragmentación de la propiedad, para que las chacras no fueran enajenadas a veces los cooperativistas fomentaron transacciones de porciones de tierra y relocalizaciones de los colonos, lo que requería la colaboración del administrador de la JCA.¹⁰

Primeras reuniones

La intimación efectuada al presidente Leonard Montefiore para que viajara a la Argentina a observar de cerca estos problemas dio pie a un intenso intercambio de correspondencia que derivó en la adopción de un primer acuerdo. Ambas partes se comprometían a celebrar reuniones trimestrales en Buenos Aires en las que la JCA sería representada por su director local, el Dr. Georges Aronstein, quien haría el máximo esfuerzo posible por complacer las demandas de los colonos, representados a su vez por los dirigentes de Fraternidad Agraria. De esa suerte, en el transcurso de 1947 se efectuaron tres reuniones.

Durante la primera, celebrada el 23 de enero de 1947, se trabajó sobre una agenda común de siete puntos, a saber: (1) solucionar el despoblamiento de Avigdor y de Capivara, (2) crear un organismo que favoreciera la vida social y cultural en las colonias, (3) resolver el problema del pago de los impuestos territoriales, (4) determinar el destino de los campos de reserva que poseía la JCA, (5) obtener la condonación de deudas bloqueadas por la compañía, (6) lograr la concesión de ensanches y (7) favorecer la colonización de hijos de colonos. La JCA fue receptiva a las propuestas de Fraternidad Agraria respecto de los primeros dos ítems. También se comprometió a estudiar cada caso de ensanche en particular, ya que había numerosas variables involucradas a la hora de determinar la productividad de las distintas chacras (como la calidad del suelo, las condiciones climáticas, la capacidad del colono y los precios de la

¹⁰ Como para dimensionar el fenómeno, en la colonia Moisés Ville la venta de campos de colonos emancipados hasta 1947 comprendió 28.301 hectáreas, sobre un total de 118.000 hectáreas que incluían unas 30.000 de campos sin colonizar. Entre quienes se desprendieron de esos campos, 165 colonos vendieron la chacra entera y otros 62 sólo una parte. Del total, 18.761 hectáreas fueron adquiridas por judíos y 9.540 por no judíos. De las 18.761 adquiridas por judíos, 10.928 pasaron a manos de 83 colonos o hijos de colonos, mientras que las 7.833 restantes fueron compradas por no colonos. A su vez, 33 de los 133 adquirientes vivían fuera de la colonia. No obstante, hay que señalar que muchos colonos moisesvillenses compraban campos fuera del área de la colonia, en especial en una zona ubicada unos 100 kms al norte, dentro del departamento de San Cristóbal. Fuente: Informe anual de la administración de Moisés Ville para la JCA, año 1947.

tierra en la zona). También aceptó condonar deudas y adujo que aunque el espíritu de la JCA era colonizar a gente oprimida en su país de origen, entre 1921 y 1944 los hijos y yernos habían insumido el 41,9 % de todas las instalaciones realizadas (971 contra 1342). Asimismo, la antigua interdicción de que padres e hijos se instalaran a una distancia mínima de cinco kilómetros quedaría de ahora en más abolida. A su vez, la JCA pidió a Fraternidad Agraria que, como contraprestación, convenciera a los colonos de Las Palmeras y Monigotes de que morigeraran su belicosidad y desistieran de difamarla públicamente.¹¹

Los dirigentes de ambas partes quedaron conformes con el acuerdo y decidieron celebrar la próxima reunión sesenta días más tarde. Sin embargo, al conocerse la minuta de ese primer encuentro, algunos agricultores judíos expresaron diversas críticas. En Moisés Ville, socios de La Mutua Agrícola elevaron una nota a Fraternidad Agraria señalando que el acta de la reunión conjunta evidenciaba falta de energía, de posiciones firmes y de un plan previo debidamente estudiado. Ellos veían cierta ingenuidad en mostrar como un logro que la JCA accediera a reducir las deudas bloqueadas, ya que la letra chica del acuerdo advertía que el monto devengado iría del 0 al 100%, y que sería fijado a criterio exclusivo de la compañía. También resaltaban la falta de argumentos para discutir cuestiones que para ellos eran obvias, como por ejemplo que el problema de la ida de los hijos respondía a cuestiones materiales antes que a la falta de atractivos culturales y de círculos sociales: los jóvenes se iban porque las condiciones de colonización que les ofrecía la JCA eran desventajosas. Además, los representantes de Fraternidad Agraria tampoco habían logrado que la JCA se comprometiera a vender sus reservas a un precio inferior al del valor de mercado, especialmente subvencionado para los colonos.¹²

Para la segunda reunión, realizada a fines de mayo, Fraternidad Agraria preparó una plataforma titulada 'Principios de colonización' que contenía una serie de reclamos bastante más ambiciosos y cuyo texto resaltaba que el principal problema a resolver era evitar la disolución de las colonias. En primer lugar, señalaron el peligro que implicaba el hecho de que la JCA otorgara títulos de propiedad a numerosos colonos cargados de deudas en forma inconsulta. La experiencia indicaba que, la medida, motivada por la necesidad de la compañía de evitarse el pago de los impuestos al ausentismo y al latifundismo, derivaba en la

¹¹ "Primera reunión conjunta de los representantes de la J.C.A. y de la Fraternidad Agraria", *El Colono Cooperador*, febrero-marzo de 1947, año XXVI, n° 380, pp. 3-7.

¹² La Mutua Agrícola, Acta 562.

automática venta del terreno por parte del colono endeudado, con la consecuentemente enajenación del campo. En cambio, proponían que luego de estudiar minuciosamente las intenciones a posteriori de cada colono endeudado, la JCA otorgara el título librando una hipoteca a su nombre (mecanismo que la eximía de los impuestos y que, según se aprecia en los informes anuales de la compañía, ya había sido puesto en práctica en varios casos). Aunque las fuentes no lo aclaran, es dable suponer que si bien de ese modo el problema de la enajenación sólo se postergaba, al menos permitía ganar tiempo hasta que apareciera un comprador judío o hasta que las magras campañas de recaudación del Fomento Agrario Israelita Argentino dieran resultado. También propusieron que la JCA condonara todas las deudas que había bloqueado en 1941 y que redujera los intereses de las anualidades del 4 al 2,5 %. Respecto de los ensanches, afirmaron la necesidad de estipular los tamaños mínimos indispensables para la sustentabilidad de los lotes de acuerdo con las realidades de cada colonia, y pidieron que, en caso de ser necesario relocalizar a colonos, la compañía se hiciera cargo de la mitad de los gastos. Para acercar a las colonias servicios sociales y culturales, los cooperativistas propusieron la conformación de una comisión pro-cultura que debía ocuparse de la creación de salones, escuelas, bibliotecas y centros culturales en los poblados más alejados, así como de montar equipos de cine fijos y ambulantes, promover excursiones, exposiciones y conferencias, fomentar la creación de elencos filodramáticos y de orquestas y estimular el deporte. El capital provendría de un fondo anual de 100.000 pesos provistos por la JCA, Fomento Agrario Israelita Argentino, la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA), las cooperativas de las colonias, las instituciones judías porteñas y donantes particulares. A su vez, en esa segunda reunión conjunta los dirigentes propusieron soluciones a los problemas coyunturales. Por ejemplo, en el caso de Capivara, que necesitaba ser repoblada para que los pocos colonos existentes no se terminaran yendo, se podía reubicar a familias de Avigdor. La idea apuntaba a aumentar la densidad poblacional en zonas alejadas de los centros urbanos para abaratar la provisión de los servicios sociales y culturales indispensables, cuya ausencia provocaba, justamente, la dispersión.¹³

Momentos de tensión

¹³ "Resoluciones aprobadas por el Consejo Central de la Fraternidad Agraria en sus reuniones realizadas durante los días 27 y 28 de mayo de 1947", *El Colono Cooperador*, junio de 1947, n° 383, pp. 3-8.

Sin embargo, un año más tarde, en enero de 1948, cuando ya se habían llevado a cabo tres reuniones conjuntas, las relaciones entre los representantes de los colonos y la oficina porteña de la JCA habían empeorado notablemente, al punto de que Fraternidad Agraria amenazaba con denunciar a la Dirección local ante el Consejo Central de Administración londinense (una de las condiciones exigidas a priori por la oficina argentina para avanzar en aquéllas reuniones conjuntas había sido que las actas de cada encuentro no fueran remitidas a Londres). La amenaza también incluía nuevamente la posibilidad de iniciar una campaña difamatoria ante la opinión pública argentina. El máximo tema de discordia era la negativa de la JCA a ensanchar chacras en Rivera y Moisés Ville, aun cuando poseía allí campos arrendados a comerciantes y a chacareros pudientes, de quienes percibía alquileres más baratos que los cobrados a sus propios colonos. Según los cooperativistas, la estrategia de la JCA consistía en dilatar las tratativas estudiando cada caso *ad infinitum* hasta que el colono se cansaba de esperar el ensanche, los hijos, de esperar su propio campo, y ambos se terminaban mudando a las ciudades. De acuerdo con las fuentes, hubo decenas de casos particulares en los que, luego de haber logrado acuerdos en el marco de aquéllas reuniones conjuntas, los chacareros judíos se sintieron estafados. Por ejemplo, según las actas de la cooperativa Fondo Comunal, de Villa Domínguez, de las veinte refinanciaciones de deudas de colonos aprobadas por el administrador local de la Colonia Clara, la dirección de la JCA sólo terminó aprobando dos. Los cooperativistas también señalaban el fracaso de AGROCULT, el organismo creado para llevar actividades culturales al campo, que sólo llegó a brindar unas pocas conferencias y no logró ofrecer la programación que se esperaba.¹⁴

Fraternidad Agraria, en cambio, había cumplido con su parte del acuerdo con la JCA realizando diversas gestiones. Por ejemplo, había logrado que los colonos aceptaran pagar el 50% de los impuestos territoriales que tanto afectaban a la compañía. Luego incluso solicitó a los poderes públicos entrerrianos y bonaerenses que la eximieran por completo de ellos, puesto que la obra de la JCA en la Argentina era "idéntica a los altos propósitos sociales de la nación". También intervino ante chacareros de las colonias entrerrianas Leonard Cohen y Louis Oungre que quisieron acusar a la JCA ante la DAIA.

¹⁴ La Mutua Agrícola, Acta 568; Luis Laster "Los factores que impidieron el desarrollo de nuestra colonia", *El Colono Cooperador*, enero de 1948, n° 389, p. 7; "La mutua Agrícola", *El Colono Cooperador*, enero de 1948, n° 389, pp. 7-10.

A lo largo de todo 1948, y hasta mediados de 1949, la dirigencia cooperativista y sus bases no terminaron de ponerse de acuerdo respecto de si debían seguir buscando la cooperación con la JCA o si lo mejor era romper relaciones y arreglárselas sin su ayuda. Esta última postura era sostenida por el ingeniero Miguel Sajaroff, una de las más ilustres figuras del cooperativismo agrario en el país. Si bien Sajaroff, de setenta y cinco años de edad, estaba jubilado, aún seguía siendo una voz influyente en Fondo Comunal y en Fraternidad Agraria. En la nota de tapa de febrero de 1948 de *El Colono Cooperador*, órgano de difusión de Fraternidad Agraria, el director de la revista Abraham Gabis se preguntaba si tenía sentido seguir adelante con las sesiones conjuntas con la JCA, ya que los colonos que acudían a la compañía a título individual obtenían mejores beneficios que quienes recurrían a las cooperativas como intermediarias.¹⁵

De acuerdo con las actas de las cooperativas, el humor en las distintas colonias era variable. Por ejemplo, el delegado de Lucienville manifestó en una de las reuniones de Fraternidad Agraria que en su colonia estaban muy conformes con la JCA, que la compañía había ayudado a los colonos a obtener sus títulos, pero que el verdadero problema era que muchos de aquéllos vendían el campo apenas se emancipaban. En este sentido, un integrante del grupo disidente de Monigotes y Las Palmeras estaba muy disgustado con la cooperativa moisesvillense La Mutua Agrícola, porque cuando solicitó a sus directivos que intervinieran ante la JCA para una quita de deudas, éstos no quisieron ayudarlo aduciendo que el hombre había manifestado que vendería el campo. A su vez, los dirigentes de La Mutua Agrícola repudiaban las actitudes de colonos particulares que se dejaban tentar por ofrecimientos de mejoras de parte de funcionarios de la JCA cuya intensión real era quebrar la solidaridad gremial de los colonos. En la colonia santafecina Montefiore, un grupo de colonos creó una cooperativa denominada La Fraternal Agrícola que no se afilió a Fraternidad Agraria. Está claro que no todos los chacareros judíos suscribían a las ideas continuistas de la conducción de las cooperativas, y que la tensión entre los socios y los dirigentes iba en aumento.

A principios de 1948, dos de las cooperativas más importantes, La Mutua Agrícola y Fondo Comunal, propusieron desactivar las sesiones conjuntas y difundir el conflicto ante la opinión pública. Y, a mitad de año, La Mutua decidió directamente romper relaciones con la JCA. Era un hecho inédito, puesto que se trataba de una cooperativa que nunca había tenido mayores

¹⁵ Abraham Gabis "En la encrucijada", *El Colono Cooperador*, febrero de 1948, n° 390, pp. 1-3.

conflictos con la compañía, y que además representaba a Moisés Ville, la colonia judía más próspera, más antigua y de mayor tamaño del país. Las circunstancias que habían encendido la mecha fueron varias, pero entre ellas se destaca el incumplimiento de la JCA respecto de lo acordado durante 1947, cuando la compañía se había comprometido a entregar tierras para el ensanche de chacras, al aporte de medio millón de pesos y al préstamo de 4500 hectáreas de campos de pastoreo para salvar la hacienda de unas doscientas familias afectadas ese año por una severa sequía. En cambio, la JCA había renovado los contratos de arrendamiento en unas 5000 hectáreas.¹⁶ Además, un informe sobre el caso Capivara indicaba que la JCA había instalado a colonos nuevos en tierras improductivas, surcadas de cañadones y esteros inundables, cuando poseía campos mucho mejores, ubicados en terrenos altos y con napas de agua dulce a sólo veinte centímetros de profundidad. Como para empeorar las cosas, algunos socios denunciaron al administrador local de la JCA, Marcos Pereira, por dificultar el acceso a la tierra a aquéllos hijos de colonos cuyos padres activaban en el Consejo de La Mutua Agrícola. Aparentemente, Pereira habría conformado una suerte de lista negra.¹⁷

A todo esto, los directivos de Fraternidad Agraria seguían sin resolver cómo continuar adelante con sus reclamos. Algunos proponían volver al plan original y solicitar la presencia de un delegado en el Consejo Central de Administración londinense, mientras que, otros, como vimos, eran partidarios de la desvinculación definitiva. Finalmente, el Consejo Central resolvió acusar a la dirección porteña de la JCA de haber desoído el *dictatum* del presidente Montefiore, quien había propiciado la mutua colaboración. No quedaba otro camino que el de acudir a la DAIA para que apoyara su pedido de incorporar un representante argentino al directorio de la compañía. Hasta entonces, sólo las comunidades judías de cuatro países tenían representantes directos en el mayor organismo de la JCA: Inglaterra, Francia, Bélgica y Estados Unidos. Sin embargo, existían buenos argumentos para cambiar el estatuto. La Argentina era el país en el que la compañía había invertido sus mayores capitales e instalado a más inmigrantes, y también, claro está, el que había suscitado los mayores problemas. Además, luego de la masacre perpetrada por el nazismo, el país había pasado a poseer una de las comunidades judías más numerosas del mundo. Los dirigentes también resolvieron

¹⁶ La mayor parte de la recaudación de la JCA en esta colonia provenía de las tierras arrendadas. Sobre un total de 537,419 pesos cobrados en concepto de anualidades y alquileres varios, 430.996 correspondían a arrendatarios de campos, tanto colonos como no colonos. Fuente: Informe anual de la administración de Moisés Ville para la JCA, año 1947.

¹⁷ Véanse los casos de José Matzkin y Luis Waibsnaider en las actas n° 580/84 de La Mutua Agrícola.

preparar una publicación documentada sobre el conflicto con la JCA para dirigirla a la opinión pública judía en caso de que no hubiese respuesta.¹⁸

La respuesta de Lord Reading, flamante presidente de la JCA, no tardó en llegar. Reading ratificó la invitación realizada por Montefiore para que una delegación de Fraternidad Agraria viajara a Londres a exponer sus puntos de vista. Sin embargo, en una reunión celebrada en mayo en Villa Domínguez, los líderes cooperativistas se negaron: preferían que viniera él en persona o bien que enviara a algún miembro del Consejo con plenos poderes para intervenir en el conflicto. En enero de 1949, la postura de Fraternidad Agraria se radicalizó, y hubo un intercambio muy duro de denuncias y desmentidas entre ésta y la JCA local.

Finalmente, en febrero de 1949, Fraternidad Agraria cumplió con su amenaza y convocó a la prensa judía a una reunión extraordinaria en Moisés Ville: la hora de difundir el largo conflicto ante la opinión pública había llegado. Sin embargo, muy pocos de los invitados acudieron a la cita. Sólo se acercaron representantes de tres instituciones: una asociación judía rosarina, Fomento Agrario Israelita Argentino y la DAIA. El escaso interés de la prensa determinó que la denuncia no tuviera mayores repercusiones, o al menos que no lograra movilizar a la colectividad como deseaban los cooperativistas.¹⁹ De todos modos, paralelamente, los dirigentes habían solicitado a la DAIA que intercediera ante la JCA respecto de las cuestiones incumplidas. También le pidieron que consiguiera sonsacarle el listado de arrendatarios de todas sus reservas en las colonias, con nombres y apellidos. Se trataba de los inquilinos que dificultaban el reparto de tierras para los ensanches, amparados en la reglamentación de la Ley de Arrendamientos dictada por el peronismo. En mayo de 1949, la DAIA conformó una sub comisión de colonización para estudiar su intervención en el conflicto.

Un giro inesperado

Apenas un mes más tarde, se produjo un giro inesperado que introdujo un punto de inflexión en las frustrantes negociaciones. Arribó al país el Dr. Max Gottschalk, sociólogo y jurista experto en conflictos internacionales y uno de los más antiguos miembros del Consejo Central de la JCA, que además había sido director de asuntos externos del *American Jewish*

¹⁸ Abraham Gabis "Nuestra reclamación de representación directa en el Consejo Central de la JCA", *El Colono Cooperador*, abril de 1948, n° 392.

¹⁹ Sobre la reunión con la prensa, véase el Acta n° 107 de Fraternidad Agraria.

Committee. Su viaje tenía como objetivo observar la situación en las colonias para elevar un informe al Concejo Central, algo que ya habían hecho antes otros delegados.²⁰ Si bien la JCA comunicó la llegada de Gottschalk, éste prefirió recorrer las colonias sin la compañía de los cooperativistas en litigio. Además, al llegar brindó una conferencia de prensa en la que declaró que entre las partes no había conflictos, sino problemas, aunque evitó invitar a *El Colono Cooperador* a la reunión. Gottschalk viajó por las colonias y se entrevistó con unos doscientos chacareros. Cuando llegó a la localidad de Rivera, la gente de la cooperativa Granjeros Unidos le advirtió que los directivos locales de la JCA que lo acompañaban sólo le presentaban a colonos prósperos o acólitos. En una reunión celebrada en la sede de la cooperativa, un colono de apellido Nossen lo interpeló y le contó su propia historia: había heredado un campo muy reducido, en el que vivían dos familias de once miembros que apenas subsistían y que cargaban sobre sí con una deuda impagable. Gottschalk se interesó por el relato y prometió visitar la chacra al día siguiente.²¹

De regreso a Buenos Aires, el visitante brindó una nueva conferencia de prensa a la que esta vez sí invitó a *El Colono Cooperador*. Allí adelantó que informaría a la JCA que el elemento era laborioso, la situación satisfactoria, el trato con la JCA bueno y los problemas relacionados con la cantidad de tierra solucionables. También bregó por un programa cultural para los colonos y recomendó que una delegación local viajara a Londres.²²

La visita de Gottschalk resultó determinante para que la JCA comenzara a dar señales claras de apoyo a los reclamos de los chacareros judíos. En octubre, los cooperativistas celebraron la designación de Don Luis Weinberg como subdirector de la oficina argentina de la compañía, en tanto se trataba de un antiguo funcionario muy querido y respetado por los colonos. En Moisés Ville, donde las relaciones con Marcos Pereira se habían estropeado definitivamente, la JCA designó a un nuevo administrador de apellido Kligman.

El paso definitivo hacia la conciliación tuvo lugar cuando Elías Efrón y Boris Trumper, presidente y vicepresidente de Fraternidad Agraria, accedieron finalmente a viajar a Londres

²⁰ En 1928, el director de la JCA Luis Oungre viajó por las colonias, y, en 1934-35, Georges Aronstein (en ese entonces sub-director), hizo lo mismo. Ambos escribieron sendos reportes para el Consejo Central. Véase al respecto Norman, Theodore; *An Outstretched Arm: A History of the Jewish Colonization Association*, Routledge, Chapman & Hall, Incorporated, 1984.

²¹ Sobre la visita a Rivera, véase *El Colono Cooperador*, n° 407, agosto de 1949, p. 8.

²² "En torno a la visita del Dr. Kottschak (sic) a nuestro país", *El Colono Cooperador*, n° 406, julio de 1949, pp. 1-2; "Expansion of Cultural Program for Argentine Jewish Colonists Urged by Dr. Gottschalk"; Jewish Telegraphic Agency; 1949, 14 de Julio.

para celebrar una conferencia con las máximas autoridades de la compañía. Durante el 28 y 29 de junio de 1950, ambos se reunieron con los integrantes del Consejo Central de la JCA en un encuentro que revistió carácter histórico e inaugural. Los delegados también viajaron a París junto con autoridades de la JCA para colocar una ofrenda florar en la tumba del barón Hirsch, conformando de ese modo la primera delegación de colonos argentinos que visitó al gran benefactor en el cementerio de Montmartre, al menos en forma oficial.²³

En la conferencia de Londres, Efrón y Trumper presentaron un memorándum de cuarenta y ocho páginas que comenzaba expresando que habían ido hasta allí "para plantear el problema de la decadencia de la magnífica obra del barón Mauricio Hirsch". Luego, el texto analizaba los problemas que habían llevado al estancamiento de la colonización, proyecto sumamente ambicioso en sus orígenes pero que, transcurridos ya sesenta años, sólo contaba con 2.500 colonos. También presentaba informes detallados de los problemas de cada colonia en particular. El primero de los factores esbozados era el cese de la inmigración, ya que si bien la Argentina había ido cerrando sus puertas progresivamente hasta clausurarlas en 1930, la JCA debería haber utilizado sus influencias para que el gobierno dejara entrar inmigrantes judíos. El segundo, que la JCA había dejado de colonizar a los hijos desde 1911, priorizando a inmigrantes que fueran objeto de persecución racial. Además, durante la Primera Guerra Mundial, había exigido el pago de deudas amenazando a los colonos con el desalojo o ejecutando la reducción de sus chacras, so pretexto de ayudar con ese dinero a los judíos de Europa. Consecuentemente, numerosos colonos cuyas chacras fueron reducidas, o que habían sido colonizados en chacras de 75 hectáreas, sobrevivieron arrendando campo. Según un estudio agronómico realizado por Fraternidad Agraria, 75 hectáreas daban déficit, pero con 150 una familia de cinco personas podía sostenerse e incluso ahorrar una pequeña suma. En Moisés Ville, por ejemplo, aun quedaban 184 colonos con campos que iban de las 75 a las 100 hectáreas, mientras que la JCA poseía una reserva de 25 a 30 mil hectáreas de tierra disponible con la que se podría subsanar el problema. Los cooperativistas se refirieron incluso a un conflicto similar ocurrido en la colonia Montefiore en 1926. Allí, los colonos se habían declarado en huelga porque los lotes eran de 75 hectáreas, pero luego intervino Fraternidad Agraria y convenció a la JCA de ensancharlos en 37,5 hectáreas más, llevándolos a 112,5.

²³ Unos años antes, al cumplirse el cincuentenario de la muerte de Hirsch, los colonos habían enviado tierra de los campos argentinos para que fuera depositada en su mausoleo.

El memorándum también trataba de demostrar que el factor preponderante en el abandono de chacras había sido la mala praxis de los funcionarios de la JCA, mientras que las cooperativas surgidas comienzos del siglo XX vinieron a morigerar sus desaciertos. Por ejemplo, desde que se había creado la cooperativa entrerriana Fondo Comunal, el promedio de familias que abandonaban anualmente el campo en Clara y Lucienville había disminuido de 47 a 3,5. Las cooperativas habían incidido en numerosas oportunidades para que la JCA reviera normas contraproducentes, como el decreto que prohibía arrendar reservas a colonos y a sus hijos con el fin de evitar la especulación, pero que obligó a esos mismos colonos a pagar subarriendos más caros a arrendatarios intermediarios. En 1927, las cooperativas enviaron un telegrama al presidente de la JCA señalando la inconveniencia del decreto, que desde entonces quedó anulado. Otro argumento era que muchas de las familias que abandonaban los campos de la JCA se trasladaban a otras colonias agrícolas independientes, donde no existía una administración que los vigilara: el problema no era la agricultura, sino la JCA.

En la conferencia, los cooperativistas también reafirmaron varias de sus propuestas anteriores, e insistieron en la urgente relocalización de las familias que vivían en colonias despobladas, como la joven Capivara, que podría absolver no sólo a gente de Avigdor, sino también a las dieciséis familias que aun quedaban en Dora (Santiago del Estero), de donde ya se habían ido otras cien debido a las malas condiciones. Considerando estas y otras cuestiones, en la reunión se celebró un acuerdo con la JCA que dispuso lo siguiente.

Para favorecer los ensanches de chacras, la JCA consintió en vender tierras a un precio subvencionado. Sin embargo, como ambas partes temían la especulación de compradores espurios, interesados en arrendarlas o venderlas, un comité especial estudiaría cada caso particular antes de avalar al beneficiario. Un pequeña disputa respecto de si la prioridad para usufructuar las reservas y las tierras recuperadas correspondería a nuevos inmigrantes -como lo expresaba el estatuto de la JCA- o bien a los viejos colonos y sus hijos -como quería Fraternidad Agraria- quedó saldada al determinarse que sólo los primeros cincuenta lotes serían destinados a potenciales familias inmigrantes de la posguerra. Si de ahí en adelante aparecían nuevos contingentes de inmigrantes, el asunto sería reconsiderado. Es más, en vista de su finalidad continuista, Fraternidad Agraria llegó a proponer que la JCA promoviera la inmigración de desplazados de la guerra para repoblar las colonias. En cuanto al precio de la tierra vendida para colonizar, finalmente se acordó que sería subvencionada entre un 30 y un

40% por debajo del valor de mercado. Además, en el presupuesto del año entrante sería evaluado el mecanismo para la readquisición de lotes enajenados; por ahora, la JCA aportaría un fondo de 75.000 pesos para casos de extrema urgencia. El interés sobre las chacras, en cambio, no sufriría modificaciones, permaneciendo en el orden del 4%, cifra que, dada la situación inflacionaria que vivía la Argentina, era bajísima. Para solucionar futuros conflictos, se estableció un comité consultivo conformado por tres miembros de la dirección de la JCA en Buenos Aires y tres dirigentes de Fraternidad Agraria. En caso de desacuerdo sobre algún tema específico, la encargada de resolver sería la Dirección de la JCA en Europa. La JCA también se mostró interesada en favorecer las actividades sociales y culturales, para lo cual pidió estudiar cuáles eran las demandas concretas del público.

Pese al éxito general del convenio, al tratarse la cuestión de la incorporación de un delegado argentino al Concejo Central de la JCA se suscitó un problema. Ocurría que tanto el estatuto de la compañía como el testamento de Hirsch sólo habilitaban la participación de delegados que representaran a todo el judaísmo de un determinado país, o bien que fueran personas honoríficas, esto es, que ostentaran méritos morales, sociales, científicos o culturales. Aunque el deseo de Fraternidad Agraria era incorporar a un "auténtico colono", a fin de cumplir con lo estatuido aceptó elegir un representante del judaísmo argentino dentro de una terna presentada por la DAIA. El elegido fue Ricardo Dubrovsky, presidente de la DAIA desde octubre de 1947. Dubrovsky, médico de profesión, fue un hombre carismático y un político hábil, recordado por su eficiencia al representar a la colectividad judía durante el primer peronismo. A partir del acuerdo celebrado en la Conferencia de Londres y de las posteriores intervenciones de Dubrovsky, las relaciones entre la JCA y Fraternidad Agraria mejoraron, al menos durante los pocos años subsiguientes en los que la JCA permaneció en la Argentina (si bien cerró sus oficinas definitivamente recién en 1974, la retirada progresiva del país había comenzado en 1958). Durante el transcurso de 1951, el principal foco de conflicto fue ocasionado por los arrendatarios que, como vimos, amparados en la Ley de Arrendamientos se negaban a devolver las tierras que usufructuaban, indispensables para realizar los ensanches y colonizar a los hijos.²⁴

²⁴ Sobre la conferencia de Londres, véase Abraham Gabis, "Lo que hemos logrado en la primera conferencia en Londres con la JCA", *El Colono Cooperador* n° 417, julio de 1950, pp. 1-3; "Resoluciones adoptadas en las reuniones de Londres", *Ibid*, pp. 3-4; Abraham Gabis "Nuestra doble participación en la dirección de la JCA", *El Colono Cooperador* n° 418, agosto de 1950, pp. 1-3; "Memoriandum presentado a los delegados de la

5 Promesas cumplidas

En agosto de 1952, de regreso de una reunión en el Consejo Central de la JCA celebrada el 7 de julio en París, Dubrovsky brindó una conferencia de prensa. Según indicó, durante el primer semestre del año se habían realizado 43 ensanches que implicaban 1836 hectáreas, y diez colonos nuevos habían sido instalados sobre otras 1338 hectáreas. A su vez, la JCA había logrado que varios colonos arrendatarios de Moisés Ville devolvieran la tierra a cambio de la remoción de los directivos de La Mutua Agrícola con quienes se encontraban en conflicto. Según Dubrovsky, incluso había intensiones de parte de la JCA de traer nuevos colonos judíos al país.

También las iniciativas culturales se encaminaron luego de la cumbre londinense. AGROCULT, el organismo creado a mediados de 1947 bajo la dirección de un prominente emprendedor cultural de colectividad judía llamado Lázaro Schallman, cobró nuevo impulso, brindando las conferencias estelares de la escritora Malka Rabell sobre literatura ídich y del historiador Boleslao Lewin sobre los judíos durante la Inquisición. Merced a un convenio suscrito con el elenco teatral del *Idishe Folks Teatre* porteño (más conocido como IFT) se organizaron giras de las obras allí representadas por las colonias. Hubo además funciones de cine en Louis Oungre y en Avigdor. AGROCULT también envió a las colonias a varios docentes de hebreo para que realizaran actividades relacionadas con la festividad de Jánuca y con temas bíblicos. Cabe destacar que, entre los productos culturales más solicitados por los colonos, sobresalían las películas y obras de teatro argentinas, la música clásica europea y todo aquello relacionado con las temáticas propiamente judías, tanto en ídich como en hebreo.²⁵ Para capacitar a las nuevas generaciones en temas agronómicos, AGROCULT enviaba a los jóvenes más inquietos a tomar cursos de formación técnica acerca de cómo diversificar la producción por medio del desarrollo de la lechería, de la práctica avícola y de la

Fraternidad Agraria", Ibid, pp. 3-4; y el acta de la conferencia, "Nuestra primera conferencia con el Consejo Central de la JCA en Londres", Ibid, pp. 5-12.

²⁵ Por ejemplo, pedían copias de "El viejo doctor" (Mario Sófici, 1939), de "Alas de mi patria" (Carlos Borcosque, 1939) y de "La maja de los cantares" (Benito Perojo, 1946). Los de Avigdor solicitaban biografías de Tchaikovsky, Chopin y Haydn. En 1950, año del Libertador de América, la Comisión Nacional de Homenaje al Libertador San Martín les regaló ejemplares de *San Martín en la historia y en el bronce* y de *El legado del General San Martín*. Entre los temas judíos había pedidos de música, teatro y literatura, de publicaciones referidas al recientemente creado Estado de Israel, a las reparaciones a judíos víctimas de la guerra y a otras cuestiones históricas y religiosas. "Labor desarrollada por Agrocult desde el 1º de enero de 1950", *El Colono Cooperador*, n° 418, agosto de 1950, p. 12.

producción de dulces caseros. También consiguió la autorización del gobierno para mandar a sus muchachos a la Escuela Nacional de Agricultura Las Delicias, cercana a Paraná.

El tardío acuerdo celebrado en la Conferencia de Londres no fue el único esfuerzo destinado a favorecer la continuidad de la colonización judía en la Argentina. Por ejemplo, en noviembre de 1952 se realizó en la AMIA el "Primer congreso de hijos y amigos de las colonias judías", evento destinado a poner en valor los logros de más de sesenta años de trayectoria y a recaudar dinero para Fomento Agrario Israelita Argentino, un objetivo fallido que irritó a los dirigentes cooperativistas, quienes señalaban que los judíos porteños se ufanaban del aporte productivo de las colonias al progreso del país, pero que jamás las apoyaban económicamente. Otro proyecto llevado a cabo unos años más tarde fue la realización de una película documental titulada "Un viaje por las colonias judeo-argentinas" (Pioneros Films, 1964), en la que, para celebrar el 75 aniversario de la colonización, un grupo de ex residentes viajó por las colonias entrevistando a chacareros y dirigentes con el fin de difundir entre las nuevas generaciones de argentinos la gesta rural de los gauchos judíos.

Conclusiones

El proceso de negociaciones analizado muestra que la institucionalización resultó ser un factor clave para zanjar el conflicto entre los chacareros y la JCA sin llegar a una ruptura total entre las partes. A diferencia de lo ocurrido en Colonia Mauricio durante la década de 1910, cuando los colonos judicializaron el conflicto y disgregaron la colonia, en este caso la existencia de varios niveles institucionales conformados por las cooperativas de primer y segundo grado y por la DAIA permitió negociar un acuerdo satisfactorio para las partes en disputa, con el único costo del alejamiento de algunos dirigentes y funcionarios que hicieron las veces de fusible.

Por otra parte, resulta evidente que el espíritu idealista que se observa en las memorias escritas por los colonos pioneros fue legado a las siguientes generaciones. A mediados del siglo XX, éstas aun buscaban continuar con la obra del barón Hirsch sin por ello resignar su propio progreso económico. El hecho de que muchos de quienes impulsaron el acuerdo con la JCA ya se hubiesen emancipado de la compañía indica que, aun dueños de su destino, optaron por recorrer un camino de reclamos colectivos que a veces resultaba bastante más escarpado que la vía individual. A la vez, las fuentes muestran que otra parte de los colonos no estaba

consustanciada con el ideal productivista decimonónico, y que deseaba cancelar sus deudas, emanciparse y mudarse a las ciudades.

Bibliografía

- Alpersohn, Marcos; *Colonia Mauricio: memorias de un colono judío*, Carlos Casares, Comisión Centenario de la Colonización Judía en Colonia Mauricio, 1992.
- Avni, Haim; *Argentina y la historia de la inmigración judía*, Buenos Aires: Editorial Universitaria Magnes - Editorial Milá, 1983.
- "La agricultura judía en la Argentina, ¿éxito o fracaso?", *Desarrollo Económico*, v. 22, N° 88, 1983(b), pp. 535-548.
 - "El proyecto del Barón Hirsch: La gran visión y sus resultados", *Índice*, número 3, segunda época, DAIA, 1990, pp. 25-65.
- Avni, Haim; Bokser Liwerant, Judit; Della Pergola, Sergio; Bejarano, Margalit y Senkman, Leonardo (coordinadores); *Pertenencia y Alteridad: Judíos En/De América Latina: Cuarenta Años de Cambios*, México D.F., Iberoamericana Vervuert, 2011.
- Bianchi, Susana; *Historia de las religiones en la Argentina. Las minorías religiosas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.
- Cherjovsky, Iván; "La faz ideológica del conflicto colonos/JCA: el discurso del ideal agrario en las memorias de Colonia Mauricio", en *Marginados y consagrados: nuevos estudios sobre la vida judía en la argentina*, Emmanuel Kahan, Laura Schenquer, Damian Setton y Alejandro Dujovne (compiladores), Buenos Aires, Lumiere, 2011, pp. 47-66.
- Garfunkel, Boris; *Narro mi vida*, Buenos Aires, edición familiar, 1960.
- Gabis, Abraham; *Fondo Comunal. Cincuenta años de su vida (1904-1954)*, Villa Domínguez, Fondo Comunal, 1957.
- Cociovich, Noé; *Génesis de Moisesville*, Buenos Aires, Milá, 1987.
- Kahan, Emmanuel; Schenquer, Laura; Setton, Damian y Dujovne, Alejandro (compiladores); *Marginados y consagrados: nuevos estudios sobre la vida judía en la argentina*, Buenos Aires, Lumiere, 2011.
- Kaplan, Isaac; *Recuerdos de un agrario cooperativista*, Buenos Aires, Círculo de Estudios Cooperativistas de Buenos Aires, 1969.
- Lattuada, Mario; "El peronismo y los sectores sociales agrarios. La resignificación del discurso como articulador de los cambios en las relaciones de dominación y la permanencia de las relaciones de producción", *Mundo Agrario. Revista de estudios rurales*, vol. 3 n° 5, segundo semestre, Centro de Estudios Histórico Rurales, Universidad Nacional de La Plata, 2002, pp. 1-19.
- Leibovich, Adolfo; *Apuntes íntimos 1870-1946*, Buenos Aires, Imprenta López, 1947.
- Levin, Yehuda; *De la crisis al crecimiento: El episodio de la colonización judía en la Argentina, fundada por la Jewish Colonization Association - JCA, 1896-1914* (original en hebreo), Tel Aviv, Universidad de Tel Aviv, 1998.
- "Labor and land at the start of Jewish settlement in Argentina", *Jewish History*, Vol. 21, No. 3/4, 2007, pp. 341-359.
 - "Justicia y arbitraje en los albores de la colonización judía en la Argentina (hasta la Primera Guerra Mundial)", *Judaica Latinoamericana*, número VI, Jerusalén, Magnes, 2009, pp. 35-55.

- Marchevsky, Elías; *El tejedor de oro*, Buenos Aires, Bastión, 1964.
- Rein, Raanan; *¿Judíos-argentinos o argentinos-judíos? Identidad, etnicidad y diáspora*, Buenos Aires, Lumiere, 2011.
- Senkman, Leonardo; *La identidad judía en la literatura argentina*, Pades, Buenos Aires, 1983.
- Sowter, Leandro; “Las interacciones conflictivas entre la elite peronista y los actores rurales en torno a la intervención económica estatal del Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio (IAPI) entre 1946 y 1949”, *Documentos de Investigación Social*, número 12, UNSAM/IDAES, 2010, pp. 1-30.